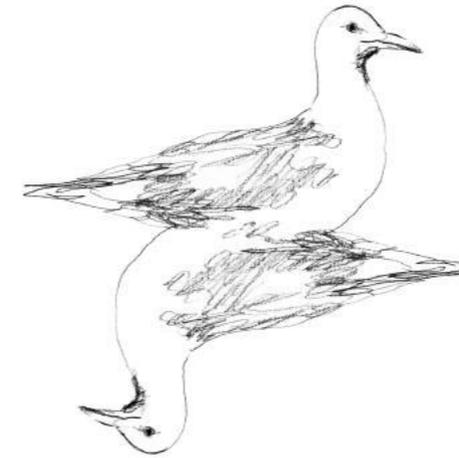


MARÍA VICTORIA ATENCIA

A ESTE LADO DEL PARAÍSO

(ANTOLOGÍA)



SELECCIÓN E INTRODUCCIÓN

FRANCISCO RUIZ NOGUERA



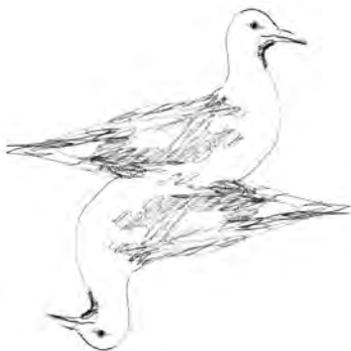
MARÍA VICTORIA ATENCIA ■ A ESTE LADO DEL PARAÍSO



MARÍA VICTORIA ATENCIA

A ESTE LADO DEL PARAÍSO

ANTOLOGÍA



SELECCIÓN E INTRODUCCIÓN
FRANCISCO RUIZ NOGUERA

PRIMERA EDICIÓN: 2.000 EJEMPLARES

EDITA: JUNTA DE ANDALUCÍA. CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

© DE LA EDICIÓN: JUNTA DE ANDALUCÍA.

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

© DE LA SELECCIÓN Y EL PRÓLOGO: FRANCISCO RUIZ NOGUERA

© DEL TEXTO: MARÍA VICTORIA ATENCIA

DEPÓSITO LEGAL: SE-724-2014

IMPRIME TECNOGRAPHIC, S.L.

LA MADUREZ DE MARÍA VICTORIA ATENCIA

Apenas tenía treinta años María Victoria Atencia (Málaga, 1931), cuando publicó “Arte y parte”, un libro del que había anticipado un lustro antes cinco sonetos entre los que se encuentra “Sazón”, cuyo primer cuarteto reza:

Ya está todo en sazón. Me siento hecha,
me conozco mujer y clavo al suelo
profunda la raíz, y tiendo en vuelo
la rama, cierta en ti, de su cosecha.

Aquella veinteañera se sentía madura porque lo era: tanto en el plano personal en el que empezaba a formar su familia, como en lo que concierne a la literatura, un ejercicio que se nos presenta en plenitud desde sus primeros pasos literarios. Cuando, por lo común, los balbuceos líricos de cualquier poeta incluye tropiezos y errores de distinto rango, María Victoria Atencia se nos rebela desde sus inicios con un rigor no exento de pasión, que dan buena cuenta de su genio creativo pero también de su indudable talento para aprender. Su comprensión lectora, desde tradiciones líricas españolas y andaluzas, a las de otras lenguas y latitudes, contribuyeron a conformar una bibliografía que se inicia en los años 50 pero que se ve interrumpida por algo más de diez años. Ella no ha querido aclarar en demasía el porqué de esa década perdida, pero bien pudiera ser que la inicial falta de interés lector o crítico propiciara su retirada de los foros literarios al uso. Algo similar ocurriría, de hecho, con algunos otros autores andaluces de su generación.

Sin embargo, no deja de ser llamativo el interés que manifestó por su obra la llamada generación de la palabra, la de los novísimos, que consideraron como un adecuado precedente la obra de esta malagueña, a la que ha designado como Autora del Año 2014 el Centro Andaluz de las Letras, dependiente de la Consejería de Educación, Cultura y Deporte. Lejos de los estereotipos del venecianismo, con el que algunos intentaron caricaturizar a dicha corriente, los versos de María Victoria Atencia mantienen siempre una vocación clasicista, una métrica pulcra y una convivencia, sin embargo, con tradiciones barrocas o con otras modernidades. Quienes se precien de buscar sombras maestras en autores contemporáneos, pueden entretenerse en buscarlas: seguro que encuentran en sus versos relámpagos de San Juan de la Cruz o luminarias contemporáneas de la generación beat. Pero, sobre todo, un estilo personal y cuidadoso, cuya visión de la realidad, del viaje, de las costumbres o del amor, nos dejan siempre un mensaje que va más allá del tiempo histórico cuando fue concebido.

En los últimos años, diversas antologías han intentado reflejar su personalidad literaria. La que ha preparado Francisco Ruiz Noguera para esta edición conmemorativa de su nombramiento como Autora del Año 2014, añade a la complicidad plena con María Victoria, un profundo conocimiento de su poética. Y es sin duda un formidable escaparate, abierto a ese cielo sereno que tanto le atrajo, no sólo desde el punto de vista metafísico.

LUCIANO ALONSO

Consejero de Educación, Cultura y Deporte
de la Junta de Andalucía

INTRODUCCIÓN

FRANCISCO RUIZ NOGUERA

ACERCAMIENTO A LA POESÍA DE MARÍA VICTORIA ATENCIA

Francisco Ruiz Noguera

El último libro publicado por María Victoria Atencia es *El umbral* (2011). El primer poema de ese libro, «Este hilo de vida», es una clara muestra de la gran coherencia, en lo formal y en lo conceptual, del mundo poético de la autora malagueña: brevedad, como de costumbre, en la composición, ritmo pausado con base en cláusulas heptasilábicas (en el que se engasta, en ocasiones, algún endecasílabo), valor de la observación, huida de la estridencia a la hora del enfoque, y, muy especialmente, diálogo: diálogo, por una parte, entre el yo poético y su entorno (con el que llega, incluso, a una fusión o confusión de planos e identidades), y diálogo, por otra parte, de este texto (y de otros textos del libro) con textos de libros anteriores. Recordemos unos versos de este poema:

Ahora que tantas horas van quedándose atrás
[...]
vuelvo a sentirme en un aletear tras de los vidrios
[...]
como si, con sus plumas de poetas mayores,
viniesen el petrel o el martín pescador a avisarme
[...]
[de] este hilo de vida en el que me sucedo.

Ese «hilo de vida» del que habla el poema —con toda la carga de sugerencia de fragilidad—, supone la constatación de lo ya expresado en el poema «La apuesta», de un libro anterior: *Las contemplaciones* (1997):

Cuando súbitamente te abandonen las formas,
se colme de vacío tu plenitud de hueco
y sientas su propuesta de abandono acecharte,
apuesta por la vida y añade a su grandeza
la levedad, al menos, de un junquillo de marzo.

La poesía de María Victoria Atencia tiene mucho de poesía celebratoria, tanto en los momentos en que hay algún toque elegíaco como en aquellos, más frecuentes, de reflexión sobre cuestiones de calado, pero es una celebración que está enfocada siempre desde el ángulo de una serenidad que solo en apariencia puede confundirse con el distanciamiento: la suya es una poesía de implicación del yo con el mundo, y del yo con la trascendencia.

Es probable que esto sea más evidente en la última etapa de su escritura, me refiero a la que empezó en 1997 con *Las contemplaciones* y ha seguido con tres libros ya de este siglo: *El hueco* (2003), *De pérdidas y adioses* (2005) y *El umbral* (2011).

Pero ese carácter de mirada y aspiración doble (por una parte, a lo inmediato y, por otra, a lo trascendente) viene de atrás. Hace ya veinticinco años, en un artículo publicado en el número 97 de la revista barcelonesa *Anthropos* (1989: «Sobre la poesía de María Victoria Atencia»), hablaba yo de que, en gran medida, la génesis de la obra de María Victoria Atencia viene a ser consecuencia de la tensión entre dos fuerzas: su arraigo en lo

cotidiano y su afán de vuelo, algo claramente manifiesto, a mi entender, en el comienzo del soneto «Sazón», recogido en el libro *Arte y parte* (1961), aunque ya había sido publicado en un cuaderno anterior: *Cuatro sonetos* (1955):

Ya está todo en sazón. Me siento hecha,
me conozco mujer y clavo al suelo
profunda la raíz, y tiendo en vuelo
la rama cierta, en ti, de su cosecha.

Arte y parte (Madrid, Colección Adonais, 1961) fue el primer libro de María Victoria Atencia, corresponde a una etapa en que su poesía es casi secreta. Por entonces, solo había publicado algunos cuadernos: *Tierra mojada* (Málaga, Imprenta Dardo, 1953), *Cuatro sonetos* (Málaga, Cuadernos de Poesía, 1955) y *Cañada de los Ingleses* (Málaga, Cuadernos de María Cristina, 1961).

Tras quince años de silencio, aparece su segundo libro, *Marta & María* (Málaga, Imprenta San Andrés, 1976) y, en los años restantes de la década de los setenta, tres títulos más: el cuaderno *Los sueños* (Málaga, Imprenta Dardo, 1976) y los libros *El mundo de M. V.* (Madrid, Ínsula, 1978) y *El coleccionista* (Sevilla, Calle del Aire, 1979).

Es decir, su obra se había ido publicando en una serie de muy cuidadas ediciones que, por lo general, tenían una reducida tirada y muy limitada distribución (la mayoría de las veces, publicaciones no venales), lo que, claro está, dificultaba a los lectores el acceso a una voz personalísima; de manera que la obra de María Victoria llegaba a una minoría dentro de la minoría a que, ya de por sí, se limita el círculo estrecho de lo poético.

Esta situación cambia a partir de 1984 en que aparece, en la colección Visor, el volumen *Ex libris*, que recoge una amplia muestra de la poesía escrita por María Victoria hasta aquel momento. A partir de *Ex libris*, sus libros se fueron editando en las colecciones de mayor difusión nacional: *Compás binario* (1984), *Trances de Nuestra Señora* (1986) y *La pared contigua* (1989) en Hiperión (Madrid); *Paulina o el libro de las aguas* (1984) en Trieste (Madrid); *De la llama en que arde* (1988) en Visor (Madrid); *La intrusa* (1992) en Renacimiento (Sevilla); *A orillas del Ems* (1997) en la revista Litoral (Torremolinos); *Las contemplaciones* (1997) y *El hueco* (2003) en Tusquets (Barcelona) y *El puente* (1992), *De pérdidas y adioses* (2005) y *El umbral* (2011) en Pre-Textos (Valencia).

Por otra parte, en 1990, aparecieron dos volúmenes en los que se recogía, casi al completo, su obra: *Antología poética* (Madrid, Castalia), preparada por José Luis García Martín, y *La señal* (Málaga, Ayuntamiento, Col. Ciudad del Paraíso), cuya edición, con un estudio introductorio de Clara Janés, estuvo al cuidado de Rafael León. Más recientes son otras tres recopilaciones: *Antología poética* (Málaga, Fundación Málaga, Col. Las 4 Estaciones, 2007), preparada por María José Jiménez Tomé, *Ensayo general* (Granada, Ayuntamiento, Col. Granada Literaria, 2011), al cuidado de Rafael Juárez, y *Como las cosas claman* (Sevilla, Renacimiento, Col. Antologías, 2011), con prólogo de Guillermo Carnero.

* * *

Dentro de la coherencia de su mundo poético, son varias, no obstante, las etapas que pueden considerarse en la obra de María Victoria: los libros iniciales, caracterizados —en palabras de Guillermo Carnero en la introducción a *Ex libris*— por una «inmediatez expresiva» (títulos como *Tierra mojada*, *Arte y parte* y *Cañada de los ingleses*); una segunda,

presidida por la evocación de la infancia, en la que se hallan, según mi criterio, dos de sus libros capitales: *Marta & María* y *El mundo de M. V.* (también aquí, el breve cuaderno *Los sueños*); un tercer momento en que, junto a la apreciación de lo cotidiano, vienen a sumarse motivos propios del culturalismo (libros como *El coleccionista*, *Compás binario*, *Paulina o el libro de las aguas*, e incluso, aunque anunciando ya un tránsito, *De la llama en que arde*). Su siguiente libro, *La pared contigua* (1989), parece iniciar un cuarto momento en esta evolución: corresponderían a él dos títulos de 1992: *La intrusa* y *El puente*; se trata de una etapa en la que —además de ciertos matices formales de depuración expresiva— cabría resaltar un mayor hermetismo propiciado por la intensificación de la elipsis, el conceptismo y la sugerencia que llevan, en ocasiones, a un tono de simbolismo que, a veces, recuerda el antiguo cuaderno de 1976: *Los sueños*. Una etapa, en fin, que desemboca en los cuatro últimos libros mencionados antes: *Las contemplaciones*, *El hueco*, *De pérdidas y adioses* y *El umbral*, en los que predomina el ahondamiento en cuestiones que la han acompañado siempre, con un perfil, ahora, cercano al misticismo: las referencias intertextuales a la poesía mística española son frecuentes en estos nuevos poemas.

A pesar del señalamiento de estas etapas, debe tenerse en cuenta que, como ya dije, la coherencia de su mundo poético es extraordinaria, de manera que, al igual que hay serenidad compositiva en sus poemas, la hay también —sin trazas de estridencia o cambios forzados— en su evolución. Y es que, tomando el lema —un verso del *Infierno* de Dante— con que se abre uno de sus libros, «Cada uno se reviste de la llama en que arde», y lo demás es impostura. Ya lo señaló también Pablo García Baena en un artículo sobre *El coleccionista*, en el diario *Sur* de Málaga (21-2-1980), en el que habló de su «encadenada fidelidad a lo real, siguiéndola desde niña por las galerías de lo autobiográfico».

El internamiento por esas galerías de la memoria para rescatar, mediante la palabra, lo vivido, cuenta, en ocasiones y a la manera proustiana, con la guía de los sentidos: alguna sensación —casi siempre un aroma— procura la evocación de un momento. Clara Janés, en la introducción a *La señal*, estudia con detalle este componente bajo el epígrafe «Una brisa, un erotismo soterrado».

La propia María Victoria Atencia, al reflexionar sobre su poesía, se detiene en este valor del recuerdo y de las sensaciones. En un texto titulado «Sobre la taza, su asa y su hueco», que apareció en la revista malagueña *El Laberinto de Zinc* (nº 2, 1996), dice:

He visto que suelo ocuparme de temas muy leves o aparentemente muy leves, por lo general sobre recuerdos de cosas o de sensaciones muy anteriores; que no lo hago sobre algo que me haya afectado con sobresalto; que me voy adentrando por el poema a partir de una certeza —si puede llamarse así— que frecuentemente irá a parar a los versos finales, que de una taza no me importa su asa o su cuenco sino el vacío que la colma y al que debe su condición de taza.

Es muy frecuente, en efecto, en esta poesía presentar la percepción del mundo —o la memoria que de ese mundo se tiene— por sus efectos, entrando, a veces, en un clima de indeterminación donde realidad, evocación y deseo se mezclan con sutileza; así, por ejemplo, en el poema «Daralhorra» (de *De la llama en que arde*):

La memoria del agua —no el agua— sostenía
las frágiles, antiguas columnas de alabastro
—o confundido los sitios—, y un perfume de cedro

—no el cedro— me invitaba a un patio en el que apenas
puse el pie, puse el alma —o confundo el instante—.

Unos versos de este poema vienen a ejemplificar aquello a lo que antes me referí sobre la génesis de la poesía de María Victoria como el resultado de la tensión entre dos fuerzas —el arraigo en lo cotidiano y el afán de vuelo—, que estaba en el soneto «Sazón» (de *Arte y parte*), me refiero a estos dos versos del poema «Daralhorra»: «Mi perpetua exiliada, alma mía, de mí: / dame un quicio de apoyo». Y también eso mismo está claramente en el simbolismo que encierra el título de una de sus obras (*Marta & María*), e incluso en el poema «Escaleras de Praga» (de *El puente*) y, de igual modo, está esa dualidad en poemas como «Vuelo» y «Tierra» (de *El hueco*) o en poemas como «Los pájaros» y «Azor» (de *De pérdidas y adioses*), o en «Los vencejos» (de *El umbral*).

Se nos muestra María Victoria Atencia como una observadora que, desde un lugar apartado y silencioso —y «en el acontecer mudable de los días»—, va dando cuenta de lo que mira, tanto hacia el exterior como hacia el interior: la evocación y el recuerdo como forma de aprehensión y de salvación no solo de la realidad sino de uno mismo; tras la enumeración de algunas ciudades (Florencia, París, Granada, Ámsterdam) «por las que soy quien soy», leemos en el poema «La ciudad» (de *La intrusa*):

Pongo especial cuidado interior al vestirme otra vez de un recuerdo
que las salva —y me salva, aunque eso no importa—,
y erijo estas palabras.

Una de las constantes fundamentales en su obra es, como ya dije, la serenidad en la evocación de lo cotidiano («María Victoria serenísima», la llamó Jorge Guillén): una serenidad, patente, tanto por la expresión

como por el enfoque, que encuentra cauce en el ritmo de sus poemas: un ritmo sereno y fluido que, además de ser la base de lo expresivo, se manifiesta en el tratamiento de los asuntos: tal, por ejemplo, el caso del poema «El gesto» con el que se cierra el libro *De la llama en que arde*, y que puede tomarse, en cierto modo, como síntesis de una forma de entender la escritura y la vida, como una poética estético-vital.

* * *

Recordemos, antes de dar paso a esta antología de sus poemas, que la obra de María Victoria Atencia (Málaga, 1931) ha merecido el reconociendo de premios como el Andalucía de la crítica, el nacional de la crítica, el Luis de Góngora de las Letras Andaluzas, el Ciudad de Granada-Federico García Lorca y el de la Real Academia Española.

Es académica numeraria de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo (Málaga), académica de honor de la de Antequera, y correspondiente de las de Cádiz, Córdoba, San Fernando (Cádiz) y Sevilla. Es Socia Honoraria de *The Hispanic Society of America* (Nueva York), Hija Predilecta de Andalucía y Doctora Honoris Causa de la Universidad de Málaga.

PRIMEROS POEMAS
(1953-1961)

[Poemas de tres cuadernos breves:

Tierra mojada

(Málaga, Imprenta Dardo 1953),

Cuatro sonetos

(Málaga, Cuadernos de Poesía, 1955),

Cañada de los Ingleses

(Málaga, Cuadernos de María Cristina, 1961),

y de su primer libro:

Arte y parte

(Madrid, Colección Adonais, 1961)]

SAZÓN

Ya está todo en sazón. Me siento hecha,
me conozco mujer y clavo al suelo
profunda la raíz, y tiendo en vuelo
la rama, cierta en ti, de su cosecha.

¡Cómo crece la rama y qué derecha!
Todo es hoy en mi tronco un solo anhelo
de vivir y vivir: tender al cielo,
erguida en vertical, como la flecha

que se lanza a la nube. Tan erguida
que tu voz se ha aprendido la destreza
de abrirla sonriente y florecida.

Me remueve tu voz. Por ella siento
que la rama combada se endereza
y el fruto de mi voz se crece al viento.

MUCHACHA

Llevas un vaso lleno de transparencias
entre inquietas manos y escurridizos dedos.

Puedes cantar el cielo, el amor, las estrellas:
todo nacerá nuevo de tus labios hermosos.

Descubrirás en sueños la vida que te acosa
tan dulcemente mansa y le sonreirás.

Despertarás el día menos pensado entre
un mayo y un septiembre y moverá el asombro
el filo de tu enagua.

Revolverás entonces de un desconcierto grande
el mundo que te llena; una luz saltará,
en caños, por tus ojos.

Y seguirá la fuente el curso de tu cuello
mientras pájaros haya en vuelo por tus venas
y palabras diciendo del amor en tu boca.

EL AMOR

Cuando todo se aquieta en el silencio, vuelvo
al borde de la cuna en que mi niño duerme
con ojos tan cerrados que apenas si podría
entrar hasta su sueño la moneda de un ángel.

Dejados al abrigo de su ternura asoman
por la colcha en desorden, muy cerca de sus manos,
los juguetes que tuvo junto a sí todo el día,
ensayando un afecto al que ya soy extraña.

Quien a mí estuvo unido como carne en mi carne,
un poco más se aparta cada instante que vive;
pero esa es mi tristeza y mi alegría a un tiempo,
porque se cierra el círculo y él camina al amor.

EPITAFIO PARA UNA MUCHACHA

Porque te fue negado el tiempo de la dicha
tu corazón descansa tan ajeno a las rosas.
Tu sangre y carne fueron tu vestido más rico
y la tierra no supo lo firme de tu paso.

Aquí empieza tu siembra y acaba juntamente
—tal se entierra a un vencido al final del combate—,
donde el agua en noviembre calará tu ternura
y el ladrido de un perro tenga voz de presagio.

Quieta tu vida toda al tacto de la muerte,
que a las semillas puede y cercena los brotes,
te quedaste en capullo sin abrir, y ya nunca
sabrás el estallido floral de primavera.

MARTA & MARÍA

[Málaga, Gráficas San Andrés, 1976;
2ª ed. Madrid, Caballo Griego para la Poesía, 1984]

1 DE DICIEMBRE

Marchaba por su curso el Adviento y se estaban
quedando los jardines a merced del poniente.
Algunos animales prosiguieron en celo.
Escurrían los peces su plata en las orillas.
Derramaban serrín las muñecas de trapo
y sintieron las tejas verdecen sus aleros.

La tristeza en los barcos no aumentó con la lluvia
ni lloraron los sauces más de lo conveniente.
Encontró el recental las ubres deseadas.
Ajenos, los amantes continuaron su sueño.
Y aunque un frío finísimo paralizó mi sangre,
estuvo a punto el té, como todos los días.

MAR

Bajo mi cama estáis, conchas, algas, arenas:
comienza vuestro frío donde acaban mis sábanas.
Rozaría una jábega con descolgar los brazos
y su red tendería del palo de mesana
de este lecho flotante entre ataúd y tina.
Cuando cierro los ojos se me cubren de escamas.

Cuando cierro los ojos, el viento del Estrecho
pone olor de Guinea en la ropa mojada,
pone sal en un cesto de flores y racimos
de uvas verdes y negras encima de mi almohada,
pone henchido el insomnio, y en un larguero entonces
me siento con mi sueño a ver pasar el agua.

DEJADME

Dejadme como cuando nací desnuda y sola,
vacía de palabras, sólo aire en el pecho,
y en mis venas corrían los cursos de un arroyo.
Que vuelvan a su origen los gestos usuales
y que al abrir mis ojos sólo penetre en ellos
un punto de luz pura.

Que por la enredadera de las horas se pierdan
mi memoria y mi nombre. Que el tacto de las rosas
me abandone en la tarde, y en la humedad del alba
retorne nuevamente al olor de las juncias.

Dejad que sin zapatos siga andando y regrese
de muy lejos al pecho caliente de mi madre.

MUJERES DE LA CASA

Si alguna vez pudieseis volver hasta encontrarme
(bordados trajes, blancas tiras, encañonados
filos para el paseo, palomas de maíz,
28 de noviembre, calle del Ángel, 1),
mujeres de la casa,
cómo os recibiría, ahora que os comprendo.

Quebraba vuestro sueño un sobresalto súbito,
y espantabais mi miedo deslizando las manos
por mis trenzas tirantes, me limpiabais los mocos
y endulzabais mi siesta con miel de Frigiliana.
Dejadme ir a vosotras, que quiero, blandamente,
patear como entonces vuestro animal regazo.

CASA DE BLANCA

No llamaré a tus puertas, aldaba de noviembre:
el árbol de las venas bajo mi piel se pudre
y una astilla de palo el corazón me horada.
Porque tú no estás, Blanca, tu costurero antiguo
se olvida de los tules, y el Niño de Pasión
va llenando de llanto el cristal de La Granja.

Tiene el regazo frío tu silla de caoba,
tiene el mármol tu quieta dulzura persistida
y bajo tu mirada una paloma tiembla.
Perdidamente humana pude sentirme un día,
pero un mundo de sombras desvaídas me llama
y a un sueño interminable tu cama me convoca.

MARTA Y MARÍA

Una cosa, amor mío, me será imprescindible
para estar reclinada a tu vera en el suelo:
que mis ojos te miren y tu gracia me llene;
que tu mirada colme mi pecho de ternura
y enajenada toda no encuentre otro motivo
de muerte que tu ausencia.

Mas qué será de mí cuando tú te me vayas.
De poco o nada sirven, fuera de tus razones,
la casa y sus quehaceres, la cocina y el huerto.
Eres todo mi ocio:
qué importa que mi hermana o los demás murmuren,
si en mi defensa sales, ya que solo amor cuenta.

LOS SUEÑOS

[Málaga, Imprenta Dardo, 1976]

EL PARAGUAS

Intento abrir el negro paraguas de mi padre
debajo de la cama, sin poder conseguirlo
porque voy tropezando con zapatos y botas.
Pruebo después con otro paraguas más pequeño
y mío, de colores, de cuando yo era niña,
y tampoco lo logro.

Alguien me dice entonces
que no deben abrirse los paraguas en casa.
Pero prosigo, terca, hasta que doy con algo
apenas consistente, por donde mi pequeño
paraguas se me escapa completamente abierto
y girando con todo su esplendor de colores.

EL CONDE D.

Cada noche te espero desde antes de acostarme,
y cuando sobrevienes, agregada presencia
a mi quehacer, pareja de topacios que rompe
contra la piedra azul serena de los míos,
dócilmente interrumpo mi sueño y, pues prefieres
las sombras, me levanto y cierro las cortinas.
Ya puedes reclinar tu cabeza en mi hombro
y aposentar tus dientes con su sed en mi aorta,
boá de Transilvania que me cercase el cuello.
El mosto de la muerte con su empacho te alienta.
Me voy quedando fría en tanto que amanece
y sorbes acremente mi paz a borbotones.

EL MUNDO DE M. V.

[Madrid, Ínsula, 1978]

EL MUNDO DE M. V.

Si mi mano acaricia la cretona de pájaros
inglesa y he encendido el quinqué y hay un lirio
en la opalina y huele a madera la casa,
puedo llegarme al verde y al azul de los bosques
de Aubusson y sentarme al borde de un estanque
cuyas aguas retiene el tapiz en sus hilos.

Me asomo a las umbrías de cuanto en esta hora
dispongo y pueda darme su reposo: también
este mundo es el mío: entreabro la puerta
de su ficción y dejo que sobre este añadido
vegetal de mi casa, por donde los insectos
derivan su zumbido, se instale una paloma.

ESTE JUEGO

Dame un lazo de seda que estreche mi contorno
y ciña mi cintura con la vecina espalda
que viene recogíendome desde hace tantos años.
Mi costumbre de vida poco puede decirme
de cuanto para bien o para mal se acerca
a mi cuerpo y lo roza o llega a ser yo misma.

Te propongo este juego: yo te doy una cosa
a ti: la que tú quieras. Y tú dame la cámara
lenta en que pueda verme con mis cosas en torno.
Detengamos la sombra del sol en sus relojes,
las aguas en sus ríos. Y, por solo este día,
que contenga su vuelo la gentil oropéndola.

CASA DE LOS BAÑOS

En dañados espejos un azogue de muerte
revoca el esplendor morado de los lirios.
¿Podréis reconocerlos bajo el palio sin techo
de las aguas hediondas? Ocho columnas cercan
la majestad del baño, mientras corroe el óxido
el metal de los grifos, deja su mancha roja
sobre la porcelana o se aquieta en el mármol
de una tina sarcófago a ras de las baldosas.

El reloj ha perdido sus agujas, y un tiempo
de Luchino Visconti impone su vigencia
a los sucios colchones que en el desván se apilan
y a la vida que vuelve a cruzar estas puertas.

ESTROFA 24

Amor mío, sin cuevas de leones enlazado.
Colores más antiguos retornan a mis ojos
y el tiempo los confunde sobre mi azul filial.
¿Dónde hemos de asentarnos si hay cinco orientaciones
cardinales y elijo con pasión la del vuelo?
Ay mi anillito de oro, mi anillito plumado:
démosle vacaciones al ave migratoria
y música a las aguas para goce y recreo
de la trucha en el río.

Mas llevaré el jersey porque a la hora prima
Refresca crudamente.

GODIVA EN BLUE JEANS

Cuando sobrepasemos la raya que separa
la tarde de la noche, pondremos un caballo
a la puerta del sueño y, tal lady Godiva,
puesto que así lo quieres, pasearé mi cuerpo
—los postigos cerrados— por la ciudad en vela...

No, no es eso, no es eso; mi poema no es eso.
Sólo lo cierto cuenta.

Saldré de pantalón vaquero (hacia las nueve
de la mañana), blusa del «Long Play» y el cesto
de esparto de Guadix (aunque me araña a veces
las rodillas). Y luego, de vuelta del mercado,
repartiré en la casa amor y pan y fruta.

EXILIO

¿Quién descuajó las puertas para echarnos al frío?
La casa quedó atrás: solo concreta el humo
su sitio en la vaguada.
Mientras los pies se hieren entre las rastrojeras
un pájaro de luto contra su tórax rómpese.
Hay que tener un muerto por el que verter lágrimas
y el ánimo previsto para las ocasiones
y sacar adelante el tallo desflecado
por el viento
y distenderse como el blanco gato persa.

Andar es no moverse del lugar que escogimos.

EL COLECCIONISTA

[Sevilla, Calle del Aire, 1979]

PLACETA DE SAN MARCOS

Amárrate, alma mía, sujétate a este mármol,
Sebastián de su tronco, con cuantas cintas pueda
ofrecerte en Venecia la lluvia que te empapa.

Amárrate a este palo, alma Ulises, y escucha
—desde donde la plaza proclama su equilibrio—
el rugido de bronce que la piedra sostiene.

EL COLECCIONISTA

Sujétala con leves alfileres, abierta,
rotulada en su caja, y quedará preciosa.
Procura no palpar el polvo de sus alas:
has de ser delicado, como mandan los libros.

LA MADRE DE HÉCTOR

Por esa ley antigua que obliga a los amantes
a sucederse en otras y otras generaciones,
yo misma a un joven héroe di vida en mis entrañas.
Me doblegué a las lunas y en su espera de júbilo
los hibiscos tiñéronse.

Se hacía transparente su rostro sobre el mío
y él me daba nobleza, belleza, plenitud.

Incendio tras incendio, el cuerpo prevalece.

ROSA

En el joyero Tiffany's se marchita una joven
rosa de Jericó.
Solo al costado mismo de la muerte comienzan
su plenitud las rosas
tras la ruptura última del quicio de la sed.

COMPÁS BINARIO

[Madrid, Hiperión, 1984]

DEBIDA PROPORCIÓN

Unos ojos engendran otros ojos, y otros
nacen, ya de por vida, ciegos para el discurso
de un tiempo que acaricia en su paz la serena
belleza de las formas.

Pero en su antigua plata delimitan los días
el contorno preciso en que lo bello acaba,
su espacio de hermosura
que no roza el silencio, que no empaña el desorden.

Y está fuera el vacío
que reclina en la piedra su desfallecimiento
y con sus torpes manos el ademán confunde
de un bando de palomas sobre la tierra calma.

NOCHE OSCURA

Quien apiña la noche bajo el embozo, vuelve
a negarme por huésped de su amor cotidiano,
y la palabra —el tenue susurro del aliento,
que apenas significa— con la alondra primera
teje la frágil trama de la desesperanza:
contra sí se debate el que combate a solas.

Amante el más difícil, que hasta el alba persigo:
en tu vacío encuentra mi poema su hechura.

COMPÁS BINARIO

Mientras que amor os tuvo en sus manos, gemisteis,
cuerpos jóvenes, seda natural derribada,
belleza irreprochable que contemplaba el tiempo.

Tardasteis largo aliento en coronar la cima
y fuisteis un destello deslumbrante en la noche,
que en la opuesta ladera se apagó bruscamente.

LAGUNA DE FUENTEPIEDRA

Llegué cuando una luz muriente declinaba.
Emprendieron el vuelo los flamencos dejando
el lugar en su roja belleza insostenible.
Luego expuse mi cuerpo al aire. Descendía
hasta la orilla un suelo de dragones dormidos
entre plantas que crecen por mi recuerdo solo.

Levanté con los dedos el cristal de las aguas,
contemplé su silencio y me adentré en mí misma.

PAULINA O EL LIBRO DE LAS AGUAS

[Madrid, Trieste, 1984]

LA SEÑAL

Plenitud fuera esta levedad.

Hondos cuencos

me ofrecen aún el oro de su fruta.

Tomad mis manos: siento el frío entre las vuestras,
o ardo enseguida, y vivo, pues engendré belleza.

Y aliento —o finjo— aún, y tan profundamente

que me puedo saber huésped de vuestros días

aunque lleve en los labios la señal de otro beso

por el que, en cortos trechos de alquitrán y pizarra,

los pájaros de nácar abatidos

incendian la distante orilla del verano.

SAN MARCOS

La concertada cita entre desconocidos
me conduce a tu puerta: voy pisando y me oigo
y soy mi propio eco y mi propia cautela
hasta que te me abres, belleza desmedida
que abarco en mi pañuelo, alta gloria que añades
esplendor a tu piedra. Vergine mia del bacio,
el aliento te horada. Me postraré en tus losas
para que en su equilibrio vuelva a reconocirme.

ESA LUZ

Recógete, alma mía. Es solo la belleza
que viene y tiñe el cielo y te deslumbra y pasa.
Conserva aún en tus manos esa luz que decae.
Algo trama la noche: también ciega lo oscuro
y tiene un cielo propio para acosar las aguas.
Peces errantes palpan un légamo de muerte.
En la terraza el viento quiebra el tallo a los álces.

AL SUR

Al sur de algún país está mi casa
con discos de Bob Dylan y Purcell, y facturas,
y pudín de Yorkshire, y libros esperándome
y voces que se cruzan por las habitaciones.
Pero la fría sangre del jazmín me atraviesa
cuando la tarde cae, y escribo, como ahora,
o callo en la terraza por los míos ausentes.
Un gran perro acosado ladra en el ascensor.

TRANCES DE NUESTRA SEÑORA

[Madrid Hiperión, 1986.

2ª ed. Valladolid, Fundación Jorge Guillen, 1997]

LA VISITA

Así de natural: me recogí en mi rezo
y un jarro de azucenas me retuvo en el sitio.

Y vino una paloma y una cinta de oro
me alcanzó desde ella y encendió mis sentidos.

Me oreó con su vuelo, y quedó todo el cuarto
suspenso en una paz que hizo crujir los quicios.

PLENITUD

Desde entonces me tienes, Señor, a tu servicio:
con llevarte conmigo, lo demás se me olvida.
Una brizna de paja pone el oro en mi pelo
y, cerca de nosotros, buey y mula vigilan.

Y aunque ya me doblega el reproche del tiempo,
su completo solsticio de plenitud herida,
que sigan aguardando, por mí, que te retengo;
por mí, que en esta noche he de darte yo misma.

VICTORIA

Estaba abierto el cielo y mi hijo en mis brazos,
tan indefenso y tibio y aterido y fragante
que lo sentí una obra solo mía, victoria
de un cuerpo paso a paso ofrecido a su cuerpo.
Lo envolví con mi aliento y él tuvo el soplo tibio
en el que una paloma se sostenía en vuelo.

EL NIDO

Preparo cuidadosa su cobijo en mi seno
mientras me crece el alma en el gozoso aguardo,
y el agua de las fuentes y el trigo de las eras.
Que nadie nos provea: en su amor nos valemos.
Se llegará en un vuelo hasta mi nido a punto.
Dejadme su ocasión. Solo pido una pausa.

DE LA LLAMA EN QUE ARDE

[Madrid, Visor, 1988]

LA PIEL

En el corto universo de holanda compartida
que la noche abandona, usual, al amor,
nada sucede, fuera de un orden, salvo —acaso—
la siempre transitoria confusión de otra piel
que nos reviste el alma y la desuella luego.

DARALHORRA

La memoria del agua —no el agua— sostenía
las frágiles, antiguas columnas de alabastro
—o confundo los sitios—, y un perfume de cedro
—no el cedro— me invitaba a un patio en el que apenas
puse el pie, puse el alma —o confundo el instante—.
Mi perpetua exiliada, alma mía, de mí:
dame un quicio de apoyo, ten un nombre siquiera,
cíñame una granada su corona de layo.

ORILLA

Para Manuel Alvar

Los postigos abiertos, ni siquiera yo misma
tras el sueño baldío, desalentada aguardo
su cumplida palabra en el mar del encuentro.
Cuando luego me llegue hasta su abrazo húmedo
proseguiré mi sueño en su lecho insondable;
en su pasión cobalto, índigo azul, recíproca.

TERNURA

Quizás no sea ternura la palabra precisa
para este cierto modo compartido
de quedar en silencio ante lo bello exacto,
o de hablar yo muy poco y ser tú la belleza
misma, su emblema, aunque tan próxima y latiendo.
Y es también un destino unánime que vuelvan
idéntico silencio —cuando llegue la hora
de la tregua indecible— mi palabra y tu zarpa.

MERMELADA INGLESA

Sobre el aparador, en su envase, me aguarda
dulce y agria a la vez, reluciente y equívoca,
elaborada en todo conforme a su receta
—reunidas las semillas, troceadas las mondas...—
para el placer agónico de cercarme los labios
en el acontecer mudable de los días.

EL GESTO

Por si el frío quebrara la puerta de mi casa,
dueño ya de los bajos y el hueco de escalera
tras de su largo asedio en la calle arrecida,
voy a ordenar los libros, los cubiertos, la ropa;
voy a cerrar el gas y componer el gesto
con que han de reencontrarme cuando el deshielo llegue.

LA PARED CONTIGUA

[Madrid, Hiperión, 1989]

ROMPIMIENTO

Un rompimiento puede, en el yeso o la piedra, la teja o el ladrillo,
ser lugar de la cita —en su propia oquedad—
de dos manos distintas que se buscan
opuestas igualmente con lentitud al margen de una historia cualquiera:
el Padre, desde un lado —y yo creo en dios Padre,
vestido de una tenue camisa de dormir
y cercado de ángeles bajo idéntica púrpura—,
y de otro lado el hijo, hecho a su semejanza, después y al mismo tiempo.

Y esos dedos se tocan, con majestad pareja y tal distanciamiento
que un primer hombre puebla, en desnudo adorable, el mundo y la Sextina.

PAPEL

Para Rafael

Un estado anterior a la página en blanco
son las fibras del hilo
que antes vistieron, desnudaron cuerpos,
y luego, laceradas, el agua puso a flote.
Sobre la blanca superficie contiendo mi batalla,
mi agresión a los signos de los que alzo un recado
que en el papel silencia su confidencia apenas; el papel,
mi enemigo y mi cómplice, mi socio deseado, mi delator
herido sin piedad a lo largo del alma.

LA MARCHA

Éramos gentes hechas al don de mansedumbre
y a la vaga memoria de un camino a algún sitio.
Y nadie dio la orden. —Quién sabría su instante.—
Pero todos, a un tiempo y en silencio, dejamos
el cobijo usual, el encendido fuego que al fin se extinguiría,
las herramientas dóciles al uso por las manos,
el cereal crecido, las palabras a medio, el agua derramándose.
No hubo señal alguna. Nos pusimos en pie.
No volvimos el rostro. Emprendimos la marcha.

LA MÚSICA

Volveré a tus estancias, padre Haendel, y a encerrarme con clave universal donde nada más oiga, o solo el roce de una esfera celeste; volveré a las estancias en las que fui creciendo y aspiré alguna vez a un sitio claro propio; yo, la desterrada ahora, la del exilio mudo por hastío de ti, desdeñado el antiguo amor y su servicio bajo el ardiente arco del verano y su caliente insinuación: bienvenida al silencio.

LA INTRUSA

[Sevilla, Renacimiento, 1992]

SEÑALES

Bernabé Fernández-Caniwell

Di descanso a mi frente contra el muro sabiéndome
ya huérfana y vacía y huera y con el signo
de la muerte grabado en mis espacios.
Miré por la tronera: nada y más oquedad.

Mas, pasados los días, comenzaron —muy tenues—
a llegarme alusiones y silencios: más claros
y suyos e inequívocos cada vez, afirmándose
como cuando me hablaba por teléfono.

LA CIUDAD

De nuevo, balbuciente, regreso a mi ciudad, Florencia,
París, Granada, Ámsterdam, por las que soy quien soy,
ciudad amada, calles y aceras, vidrios y balcones,
orillas —si las tiene— y murallas y el bosque de su entorno.

Pongo especial cuidado interior al vestirme otra vez de un
recuerdo
que las salva —y me salva, aunque eso nada importa—,
y erijo estas palabras,
aguas y mirlos a su debido instante.

MUÑECA ROTA

¿Qué me intenta decir tu deterioro? Vente,
muñeca frágil y doliente y herida,
sin faldones que cubran tu cuerpo descompuesto,
sin un alma mecánica que te cubra, desastre
de los años y el trato.
No me aparté de ti; nos apartaron
convenciones y usos: no era propio quererte,
y hoy pienso que otras manos te han mecido en exceso.

LA INTRUSA

Teme a esta intrusa que te recorre en sueños,
se aloja en tus palacios con el peso de un humo
que no roza la acera,
presencia porfiada sobre tu traza antigua,
siempre al aguardo del desfallecimiento
y de unas luces fatuas que se mudan de sitio,
allá, barranco abajo, sobre unos huesos sepia.

TRASTERO

Un armario. Un espejo. La mesa interminable
que sostuvo unas cenas. La lámpara, el ajuar
de aquella adolescente. Un perchero. La cuna.
Tanta vida ya ida. Respiro tu cansancio,
boca a boca, entre el polvo,
y huyo despavorida de su agrio anticipo.

NAUFRAGIO

Para Floreal y Pepe Bornoy

Como arreciaban más las olas, y la casa
seguía en su costumbre sin aviso,
asomé a la terraza mi aprensión y era cierto:
ya no veía el faro y perdíamos pie
e íbamos zozobrando aguas abajo, brea
y sal abajo y por la casa adentro.
Caída en el turbión, entorné las cortinas,
por no alarmar innecesariamente.

EL PUENTE

[Valencia, Pre-Textos, 1992]

LA RUEDA

Verdad es que en el mapa figuraba distante, que una rueda
de mi maleta iba gimiendo, y que en las bocacalles
su cansancio exponían con razón mis tacones.
Signos quizás de pérdida —de la esperanza al menos— en la ciudad oscura,
con mi mapa y más calles de rótulos vedados. Y ese joven
que no sabría decirme sino el raído azul de su bufanda
cuando busco un cobijo, de palabras siquiera.
Andar y desandar con la ciudad ajena como albergue
no mío: dádiva y negación a un torpe rodamiento
que, de improviso, si esta es la Torre de la Pólvora,
acalla su insistencia en dar fin al viaje.

ESCALERAS DE PRAGA

Quise apremiar mis fuerzas para estrechar un cerco
de lápiz en el mapa, la delación de un puente
o unas palabras rotas mas con razón bastante
para irme arrebatando de mi vida y de mí,
y en el tramo vigésimo de la pina escalera
o herida que en dos labios divide a los brozales
un saúco me afirma en su esplendor perpetuo.

MALÁ STRANA

El ámbito soy yo. Qué importan las fachadas
o su moho o caliche si antaño fueron nobles
y aún lo son a esta luz tibia y roja de otoño.
Cruza una joven grávida de una acera a otra acera.
Cruzan su claridad y su azahar perdurado.
Cruzo yo misma, niña, nombre que se perdiera
si una niebla subiese, espesa, desde el río.

REPROCHE A HOLAN

Para Clara Janés

Si ves Moldava abajo, río abajo
—frente a la Isla de Kampa y el Molino del Búho—
un cubo de basura tiernamente mecido,
dulcemente mecido hasta el agotamiento,
no pienses en el cuerpo de Ofelia que las ratas horadan
entre sus muslos blancos, cubo adentro, hasta el fondo;
preserva
su maternal secreto río abajo.

A ORILLAS DEL EMS

[Torremolinos, Litoral, 1997]

LA CASA

Me adentraba por ella —ante mí en la cubierta del libro—,
en su planta cuadrada y un silencio en sus muebles que adivino o invento:
podría pintarla como cuando era niña y abrir con una cuchilla sus ventanas,
porque ella era mi mundo inserto en otro mundo de intimidad discreta
que yo invadía y daba a los demás.

Lo que en ella pasaba —un perro, una bombilla— me resultó feliz.

LA NIÑA

La niña de trenzas y flequillo, de babero y maleta a la espalda,
en la que me enseñaron a reconocirme las fotos de los míos,
hoy, frente a mí, en este cuaderno aparece.

Coincidencia feliz: de esa criatura vine
para llegar a ella tras de un largo camino.

Te lo ruego: sigue tú misma, o vuelve y disfruta de tus padres aún jóvenes,
la borrega y el agua en el cauce de piedra. No te preocupes:
soy una de esas señoras que se encuentran a veces de visita en las casas
y cuyo nombre no vuelve a recordarse.

LAS CONTEMPLACIONES

[Barcelona, Tusquets, 1997]

ENCARGO

Comienza a decaer el rigor del invierno
en el moho nacido en la pared recóndita
y está a salvo el junquillo de marzo que asedió la tormenta
y soñaba guardarme —y es demasiado pronto— cerniéndome en su aroma.

Este encargo os expongo tras el frío y las aguas:
cuando vuelva el verano y esté a punto el momento, recoged en el aire
esa porción de mí que con mi aliento queda.
Conozco mis deberes: soy vuestra pertenencia. Devolvedme a mi casa.

ENSAYO GENERAL

Bendita seas, discordia constante, vida. El pomo
de las puertas y su tacto usual
pueden no dar acceso a un templo vivo: restos
de historias somos
—o restos de edición— que se contrastan
y campan con su exceso de recuerdo y poder.

Cuando mis manos colmen con anillos
su hueco de ternura y acciones no cumplidas,
bendita seas, discordia constante, vida, huera
transigencia
y ensayo general de soledades.

PUERTO

Para Biruté Ciplijauskaitė

Escucho las campanas del puente de los barcos:
septiembre es mes de tránsito y una goleta viene
a llamarme a las islas, o el cuarto se desplaza
lentamente. ¿Quién parte
junto a los marineros o quién roza mis muebles?
Oh puerto mío, acógeme esta tarde,
envuélveme un pañuelo de lana por los hombros
o llévame en un cuarto de roble mar adentro.

NADADORA

Distintas aguas son
de las que se rompieron para que yo naciera
esta agua que rompo prorrumpiendo
en un hilo de aéreas, gruesas cuentas
de vidrio al sumergirme,
tácita invitación para que alguien me saque
tirándome del pelo o las agallas
con un gusto nipón por el pescado crudo.

EL AÑO QUE VIENE

Para Sharon Keefe Ugalde

Hacer girar el corazón contra su aguja,
contra el tiempo y su sangre, contra la memoria,
desploma mi pared. ¿Seré un rechazo
de piedra más, herida en el escombro?
No crujas, por cansada, alma mía enzarzada en mi pared,
en mi rodar del tiempo. Está Jerusalén a tientas de la mano,
y ya piso su umbral.

LAS CONTEMPLACIONES

Muevo en la oscura noche y su bolsa los restos
—tantos menudos trozos—
de una historia que cierran la puerta y su chirrido.
Se prohíbe la nostalgia. No hay más contemplaciones. Atendedme
sin embargo este canto final, y ya de abatimiento.
Toda historia se cierra —cuando no se interrumpe— en un final feliz,
y ya me puedo ir, en mi final feliz, con la Santa Compañía.

EL HUECO

[Barcelona, Tusquets, 2003]

CAMPANA DE CRISTAL

Una campana o cueva de carey
me hacen su propiedad. Suya soy, y mi ropa.
Lo demás es el yermo.

El aire hace inseguros los cruciales
tensores de la lona.
Reptil de soledades, se despereza el alma.

Pero en el otro lado,
vertical como un árbol que se yergue
o un manantial que empuja, me despierto.

LA PALABRA

La palabra agotada por su uso
su propio peso exhausto, su medida,
alza de nuevo su antigua dimensión y viene
—aspiración apenas— a mi lápiz,
tan transitoria y leve
como el amor, en la memoria
atosigada por su desmesura.

ALEGACIONES

Aposentóse el rey. Reclamó su oropel:
cetro y armiños. Ciñóse la corona.
Compareció en su corte o espejo una mujer que había
sobrepasado —aún no, quizás— su encanto,
y un niño, de la mano,
que había destrozado sus juguetes. Y ella,
rotas ya tantas cosas,
alegó el discurrir de la monotonía.

AIRE

Que no, que no me busquen ni me vayan
a dar razón de mi existencia. Soy
solo eso: yo

Yo, sin memoria
de mí desde un pasado cumpleaños
que no llegué a cumplir;
sin mis viejos sentidos corporales,
y ahora tan solo un aire imperceptible
en el gesto de un niño que juega en el recreo.

EL POZO

Espejo de sí mismo, el corazón
busca su encuentro; indaga
asido a su brocal,
en el oscuro fondo limpio de su hondura:
culantrillos se ostentan.

Me llegaré a su borde con mis pasos vacíos,
a su humedad constante, a su recogimiento de silencio mortal,
a su invariable eco desvalido, tumbos
y enderezamientos,
alma hallada y perdida y días sin amparo.

TIERRA

Huelgan explicaciones: somos tierra.
No: de hueso y raíz que bajo tierra cunde
un cierto modo de avaricia;
que bajo el seco yermo, el páramo,
ansiosa busca el roce con otros pies
y la aguja frondosa que se alza al cielo aún,
tan alta y por silencios: Dios lo quiera.
Ámbares y resinas, pájaros
de terracota en su ficción de vuelo
mientras que, indemne, el árbol nos contempla.

DE PÉRDIDAS Y ADIÓS

[Valencia, Pre-Textos, 2005]

JARDÍN

Vuelvo a cruzar tus verjas, vergel, jardín amable,
una noche, hace tanto, sabiéndome perdida
y deslumbrada, pero cierta en el rumor del agua
y el aroma que alzaba hasta un mirlo el parterre.

Vuelvo a cruzar tus verjas, desolación de hoy,
crueldad del tiempo y tuya, mientras canta el autillo
y los topos horadan el césped bajo el suelo;
tú, plenitud que fuiste,
ya olvidado en afán con que ibas penetrándome
por si yo misma fuera, acaso, tu jardín.

LA UNCIÓN

Qué pudiera ofrecerte por aquella ternura
que me iba devolviendo a los labios el rojo,
a las sienes el pulso, si yo no era siquiera
señora del aliento del agua, y descubría
que más amargo era ser mujer que el acíbar,
más difícil que huir de la agonía,
por más que tú siguieses con tu unción recorriéndome
entera, y yo sabiéndome abierta a tu ejercicio
como solo una rosa de Jericó lo hiciera.

VIVIR ERA SENTIRTE

Una palabra, amor, una palabra o hilo
de saliva que valga como seña
de que aún tenemos unánime el latido.
Yo aquí trazo sobre mi aliento
mi carta al duelo, y tú, bien engendrado,
en tu sitio, como si ya no fuera
tu sitio yo, que colmas y rebosas.
Tan solo con mirarte se acababan mis ojos.
Tenía sed de ti. Sigo teniéndola.

A ESTE LADO DEL PARAÍSO

Cuando pierda en otoño su verdor y se quiebre
el hueco umbrío en que cuaja la almendra,
ve cerrando las horas tras de ti, ya dispuestas
a dejar de surcarte la piel. La vida puede
—la vida perdurable— demorarse en la raya
entre el vivir y el desvivirse lo que dura
un instante. A este lado del paraíso
o al otro, si lo hay, te va a doler de un modo irremediable
el vacío resumen de tu propia existencia.

UNA PAUSA EN SU OFICIO

Por si el sueño no es más que un estado del alma,
un instante carnal y una pausa en su oficio,
confieso aquí que duele, el alma duele y suele
dejarnos de su mano mientras reina la noche,
la hermosa dama de cabello negro, acogedora
premonición falaz de un más largo abandono,
al que es preciso, sin embargo, entregarse
por si el alma no es más que un estado del sueño.

COMO LAS COSAS CLAMAN

Ay, alma mía, hábitame, me dije; y me sabía
contemplando la espalda del aire y su dominio,
mi tierra sin cultivo y la costumbre y una
deuda de aliento sobre mi razón abatida.

Pero el poema me iba —sin yo saberlo—, me iba
reclamando tenaz como las cosas claman
por su dueño, y de súbito, tras de tanto silencio,
se me vino a las manos sin que supiese cómo
como el rayo de luz que atraviesa unos vidrios.

EL UMBRAL

[Valencia, Pre-Textos, 2011]

ESTE HILO DE VIDA

Ahora que tantas horas van quedándose atrás
y olvido ya su hechura y pertenencia,
vuelvo a sentirme en un aletear tras de los vidrios
que empieza a deshacer la oscuridad del cielo
como si, con sus plumas de poetas mayores,
viniesen el petrel o el martín pescador a avisarme
de que aún no ha cambiado más de lo que es preciso
este hilo de vida en el que me sucedo.

LOS VENCEJOS

Cuando alcen los vencejos, cenital, su desorden
y la tarde se ponga de tan insoportable-
mente bella, del color de la lluvia,
dale a la desmemoria su espacio suficiente, y olvida
el descanso de ti, y olvídate de ti, y olvídame,
y ve con ellos, vete con la tarde.

DESTINO

Año tras año, pero los suficientes,
fue alzando su estatura:
era, al principio, un verde palmo tierno
prendido a su semilla. ¿Quién lo recuerda ya?

Pero él iba creciendo, anillo tras anillo,
hacia la suficiente razón de su existencia:
que una tarde apoyase en su tronco mi espalda
para medir en él mi vocación de altura.

TESTIMONIO

¿Pues qué podría yo testificar de mí, al margen
del silencio preciso, para que se cumpliera
la perfección de un lirio que se alzara en su tallo,
o la serenidad de unas manos cruzadas
sobre un quieto regazo en que el amor se acoge?
¿Qué podría decir como una fe de vida
quien sabe del quebranto del orden de las horas?

EN LOS LABIOS DEL AGUA

Necesito sentirme a solas de algún modo
para poner mi nombre en los labios del agua,
en los húmedos labios del agua y tu saliva;
desmentida y desnuda y a solas para el sueño
donde la lluvia deberá nombrarme,
quizás inciertamente,
con sus misterios y celebraciones.

LA TINTA, EL CURSO AZUL

Qué decía esa tinta, ya desvaída antes
de que yo fuese el huésped que me acosa,
mi habitante al que escribo cuando ya tengo el alma
tan pequeña que apenas si me cabe
en su espacio tan propio y tan pequeño.
La tinta, el curso azul y sus insignias,
como una vena que me recorriese y tiño,
y escribo y leo y sufro su latido.

Índice

INTRODUCCIÓN	9
PRIMEROS POEMAS	
Sazón	19
Muchacha	20
El amor	21
Epitafio para una muchacha	22
MARTA & MARÍA	
1 de diciembre	25
Mar	26
Dejadme	27
Mujeres de la casa	28
Casa de Blanca	29
Marta y María	30
LOS SUEÑOS	
El paraguas	33
El Conde D.	34
EL MUNDO DE M. V.	
El mundo de M. V.	37
Este juego	38
Casa de los baños	39
Estrofa 24	40
Godiva en blue jeans	41
Exilio	42
EL COLECCIONISTA	
Placeta de San Marcos	45
El coleccionista	46
La madre de Héctor	47
Rosa	48
COMPÁS BINARIO	
Debida proporción	51
Noche oscura	52
Compás binario	53
Laguna de Fuentepiedra	54

PAULINA O EL LIBRO DE LAS AGUAS

La señal	57
San Marcos	58
Esa luz	59
Al Sur	60

TRANCES DE NUESTRA SEÑORA

La visita	63
Plenitud	64
Victoria	65
El nido	66

DE LA LLAMA EN QUE ARDE

La piel	69
Daralhorra	70
Orilla	71
Ternura	72
Mermelada inglesa	73
El gesto	74

LA PARED CONTIGUA

Rompimiento	77
Papel	78
La marcha	79
La música	80

LA INTRUSA

Señales	83
La ciudad	84
Muñeca rota	85
La intrusa	86
Trastero	87
Nafragio	88

EL PUENTE

La rueda	91
Escaleras de Praga	92
Malá Strana	93
Reproche a Holan	94

A ORILLAS DEL EMS

La casa	97
La niña	98

LAS CONTEMPLACIONES

Encargo	101
Ensayo general	102
Puerto	103
Nadadora	104
El año que viene	105
Las contemplaciones	106

EL HUECO

Campana de cristal	109
La palabra	110
Alegaciones	111
Aire	112
El pozo	113
Tierra	114

DE PÉRDIDAS Y ADIOSES

Jardín	117
La unción	118
Vivir era sentirte	119
A este lado del paraíso	120
Una pausa en su oficio	121
Como las cosas claman	122

EL UMBRAL

Este hilo de vida	125
Los vencejos	126
Destino	127
Testimonio	128
En los labios del agua	129
La tinta, el curso azul	130

Este libro se terminó de
imprimir en abril de 2014
con motivo de la celebración del
Día Internacional del Libro

